

Me ha tocado hablar esta noche del cristiano delante de la enfermedad y de la muerte, intentaré abordar el tema según la visión cristiana.

Para saber que es la enfermedad, en primer lugar debemos saber que es la salud. Según el teólogo francés Jean-Claud Larchet, la salud es el equilibrio provisional entre las fuerzas de la vida y las otras fuerzas. Ningún organismo está en un perfecto estado de salud, porque aunque no se nota, las células de nuestro cuerpo están siempre en defensa de atacantes externos o internos. Es en el momento de debilidad cuando la enfermedad atacará con toda la fuerza.

El ser humano fue creado para vivir, no para morir, entonces, el creador de la muerte no es Dios, y como la enfermedad destruye la vida, tampoco fue creada por Él.

La enfermedad muestra nuestra fragilidad, produce mucho sufrimiento espiritual y físico, y en ella nacen varias preguntas de tipo: ¿por qué? ¿por qué yo? ¿por qué ahora? ¿hasta cuándo? ¿qué será de mí?

A estas alturas hay varias respuestas, y depende de la propia persona, o de su preparación para aceptar uno u otro modo de vida, la vida cristiana.

El cristiano auténtico sabe que cada enfermedad nos puede acercar más a los demás, nos puede sensibilizar o cambiar un modo de vida que no siempre fue bueno. Nosotros, como cristianos, tenemos que luchar con la enfermedad, primero con la enfermedad de los demás y después, con la nuestra; un buen cristiano es un continuo luchador contra el mal, de cualquier tipo.

Sabemos que hoy se pueden tratar enfermedades de las cuales antes la gente moría, aunque aparecieron otras enfermedades sin posibilidad de cura en la actualidad. Cuando se encuentre la medicación para estas nuevas enfermedades incurables, aparecerán otras, porque el mal nunca duerme.

La realidad es que la ciencia ha progresado mucho, pero la medicina actual encamina al ser humano a pensar que su destino está en las manos de los médicos y que no hay otra solución para sus dificultades que la medicina. No hay otra posibilidad que esperar la curación y el aligeramiento de los médicos. Ésta actitud es muy diferente de la que, realmente, debemos tener. Los médicos son instrumentos de Dios en nuestra vida y la medicina actual es un don, pero el cristiano tiene que asumir el sufrimiento, como Jesucristo, nuestro Dios nos enseñó. La enfermedad no siempre es mala, porque a través de ella podemos llegar a unos frutos eternos. Y además, San Juan Crisóstomo dice que si el alma está sana, la enfermedad del cuerpo no puede producir nada mal al ser humano.

Tenemos que enseñar al enfermo que su sufrimiento es también el nuestro, y si sufrimos nosotros, debemos aprender a sufrir con fuerte creencia en Dios, porque Él siempre sufre con los que sufren.

Dícese que al final de su vida, un cristiano vio su camino como las huellas en la playa. El Señor le dice: Ves? Yo te he acompañado toda tu vida.

Mirando, el cristiano, dice: Veo que me has acompañado, pero en los momentos difíciles, en la enfermedad, en la falta de víveres, en los peligros estabas ausente, porque miré, y sólo hay una huella.

Dios, mirándole con amor, le dice: Mira mejor! Las huellas no son tuyas, sino que son mías porque en estos momentos difíciles yo te llevaba en brazos. **Padre Daniel Simón**